

<https://doi.org/10.55422/bbmp.412>

César Domínguez. *El concepto de materia en la teoría literaria del medievo. Creación, interpretación y transtextualidad*. Anejos de Revista de Literatura, nº 62. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de la Lengua Española, 2004, 230 págs.

«N'en sont que trois materes a nul home vivant: / De France et de Bretagne et de Ronme la grant». A Gaston Paris corresponde la intuición o el desacierto, según se mire, de haber convertido estos versos de *La Chanson des Saisnes* (ca. 1200) en estímulo para organizar el estudio de la literatura medieval francesa. Desde entonces, generaciones de medievalistas han –hemos– utilizado etiquetas derivadas de las empleadas por el poeta Jehan Bodel para referirse a las obras relacionadas con los ciclos carolingio (*Materie de France*), bretón o artúrico (*Materie de Bretagne*), y a aquellas inspiradas por el legado greco-latino (*Matiere de Ronme*). A pesar de la fluctuación de éstos y otros marbetes en la crítica actual y de su indefinición entre lo temático y lo genológico, dicha terminología se ha perpetuado por mera inercia historiográfica sin que se ofrezca «reflexión alguna en torno a su procedencia» (p. 21), como recuerda César Domínguez en la introducción a su estimulante libro. Más lamentable es, si cabe, la otra cara de esta moneda: la ausencia de estudios sobre tecnicismos medievales como el de *materia*, consecuencia de una consideración peyorativa de los intentos medievales encaminados a acuñar un metalenguaje para la reflexión en torno a la creación literaria. Frente a esta actitud, el autor parte de un exhaustivo análisis del propio utillaje crítico medieval para reivindicar el concepto de *materia* como axial en la teoría poetológica y en la praxis poética de la Edad Media. En este sentido, sólo los trabajos de A. J. Minnis sobre la tradición del *accessus ad auctores*, los de D. Kelly sobre el *roman* francés y los de P. Mehtonen sobre las categorías de la ficción pueden citarse como precedentes del presente estudio, si bien F. Gómez Redondo y C. Marimón Llorca han realizado también importantes aportaciones desde el ámbito hispánico. Con todo, las concisas páginas de la monografía escrita por Domínguez exceden en alcance y calado a las de los autores mencionados. Lo que se presenta aquí es una contribución densa en información y sugerencias, llamada a convertirse en un instrumento clave para entender las dinámicas de creación y recepción textual en la Edad Media, así como los mecanismos de institucionalización por los que se configura una tradición textual que, en este caso, ha demostrado su vitalidad hasta nuestros días.

Del enfoque holístico que preside este trabajo da cuenta el hecho de que los dos primeros capítulos estén dedicados a esclarecer el papel del término *materia* en las tradiciones retórica (pp. 27-60) y glosadora (pp. 61-81) que, junto a la propia tradición poética conforman los pilares de la teoría literaria medieval. Domínguez justifica esta organización tripartita en razón de los fenómenos paralelos de «retorización de la poética» y de «poetización de la retórica» que se constatan a lo largo de la Edad Media y que tienen su origen en la determinación aristotélica de idénticos mecanismos como reguladores de la creación, así de la *oratio*, como de la *oratio poética*. La atención privilegiada que la retórica presta a la *inventio* –primera parte en que se divide la disciplina–, en tanto que proceso de hallazgo de la sustancia que ha de configurar la obra, explica que una porción fundamental de la reflexión en torno al concepto de *materia* se haya desarrollado en este ámbito. Desde la Antigüedad, dicho proceso no puede disociarse del recurso a ciertas prácticas mnemotécnicas, al concebirse como derivación a partir de una serie de categorías

visualizadas en el espacio metafórico de la memoria. Así, estos lugares mentales (*tópoi, loci*) funcionan como repositorios de argumentos para la *materia*. La teorización sobre los mismos se inicia con Aristóteles, pero la Edad Media recibirá una herencia de base ciceroniana fundamentada en el *De Inventione*. Sobre este soporte teórico se realizarán nuevos intentos de sistematización y reducción de la serie de *tópoi* a un número manejable, en general siete, asimilados a las *circumstantiae* ya distinguidas en época helenística por Hermágoras. De los esquemas propuestos por Victorino, el primero en efectuar esta síntesis, así como por el Pseudo-Agustín, Julio Victor, Boecio o Isidoro de Sevilla conviene retener que insisten básicamente en dos de estos *tópoi*, los relativos a la acción ejecutada (*quid*) y al ejecutante de la misma (*quis*).

Este aspecto enlaza con el capítulo consagrado a la tradición glosadora ya que éstos son también los elementos principales sobre los que se focaliza el comentario de texto en el ámbito pedagógico. Tal coincidencia no es casual, pues la *enarratio poetarum* o *accessus ad auctores* se sirve, como bien precisa César Domínguez, de un arsenal terminológico y de unos métodos de análisis literario desarrollados por la retórica a lo largo de más de un milenio. Los hábitos mentales perpetuados a través de la enseñanza del *trivium* permiten la transferencia entre los dos ámbitos de reflexión, convirtiendo los procesos en reversibles. Así, si las circunstancias de Hermágoras –los *tópoi*, en definitiva– habían sido identificadas también con los *narrationis elementa* que servían al orador para explicitar aquellos aspectos sobre los que se desarrollaba su discurso y garantizar la correcta recepción de su obra, los diferentes modelos de *accessus* tipificados durante la Alta y Baja Edad Media se concentrarán en el rastreo de la *materia* inductivamente a partir de estos *elementa* para garantizar la correcta interpretación del texto. Dicho análisis se efectúa en dos fases, la primera dedicada a la identificación de la *materia* en sus términos más generales a partir del *titulus operis* en el que ésta ha de estar condensada (*materia principalis*), y la segunda al análisis de sus divisiones en unidades más específicas (*materia secundaria*). De esta manera, se va configurando un entramado que vincula la elección del contenido de la obra (*materia*) al terreno elocutivo (*ordo, numerus librorum*) e incluso en el genológico (*stylus*).

Resulta fácil advertir que las implicaciones de esta mecánica trascienden los límites de la praxis glosadora escolar y entran de lleno ya en el terreno de la tradición poética (pp. 83-129), tercer ámbito de reflexión sobre el concepto de *materia*. La polisemia del término o, mejor dicho, su funcionamiento en varios niveles de significación, no es impedimento para que el investigador desvele los lazos que dan coherencia y organicidad a este entramado, a pesar de los viajes del concepto de una disciplina a otra. De hecho, retórica y poética se muestran como complementarias, pues si la primera se concentra en la fase de *inventio*, la segunda lo hará en la *dispositio* y en la *elocutio*. De ahí que las *artes poetriae* medievales se refieran en esencia a la construcción discursiva, entendida como un proceso por el que se deriva la obra en su forma definitiva a partir de un arquetipo. El análisis realizado aquí a partir de los tratados de Mateo de Vendôme, Godofredo de Vinsauf o Conrado de Zurich, presenta un esquema más o menos fijo en el que la *materia* adopta diversas formas en cada parte del proceso. La primera de ellas es la elección de un *archetypus* o *thema*, entendido como sustancia de la que se nutrirá la obra y que ha de quedar condensado en el *titulus operis*. Este paso fundacional condicionará los dos restantes. En el segundo de ellos, el *archetypus* se caracteriza en sus *attributa* a través de la aplicación de los *tópoi* de la tradición retórica, una vez más en un proceso de derivación. Éste es un proceso estrictamente mental y da lugar a

la denominada *materia remota*, el modelo teórico que luego verá su definitiva concreción formal en la obra literaria tal y como se presenta a su audiencia, es decir, en la *materia propinqua*.

No obstante, me gustaría destacar que una de las contribuciones más sugerentes de este trabajo es su insistencia en el papel rector ejercido por el personaje en este proceso, ya que con frecuencia el *archetypus* se genera a partir de la categoría *ex personis*, es decir, a partir de un personaje-arquetipo más que a partir de una acción. Aquí Domínguez trae a colación el inspirador libro de R. Howard Bloch *Etymologies and Genealogies* para enfatizar la importancia del acto de erigir a un *nomen* en *archetypus*. Este acto tiene hondas resonancias ontológicas ya que remite a la *prima impositio*, a la creación del lenguaje por parte de Adán quien dio nombre a los elementos de la creación. Al concebirse este proceso como «*inventio* de universales» (p. 97), la buena construcción de la obra –ya no sólo en un sentido técnico sino en su adecuación a un orden lógico superior– dependerá de la adecuación entre *nomen* y *attributa*. Para garantizar la correcta derivación de éstos últimos a partir del *archetypus*, Juan de Garlandia acuñó la figura conocida como *rota Virgilio*, que tiene su origen último en el comentario de Servio a las obras del poeta latino. Esta figura, dentro de una estructura jerárquica pero sin embargo flexible, se constituye en «policódigo determinante de temáticas, categorías genológicas y del tratamiento lingüístico, entre otros factores» (p. 191).

Pero, ciertamente, la circunstancia de que la creación no sólo se basa en el hallazgo de nuevos *archetypi* sino también en el recurso a otros ya conocidos no pasó desapercibida a los teóricos medievales. Por ello, este capítulo plantea además otra importante vía de investigación, aquella que explora los mecanismos que regulan la relación entre el proceso de creación arriba descrito y la tradición literaria. En este sentido, la afirmación de que «toda la *materia* funciona como un *archetypus* par el creador literario» (p. 111) se hace eco del análisis de Rita Copeland en su *Rhetoric, Hermeneutics and Translation in the Middle Ages* pero el trae a colación otros aspectos: los mecanismos que permiten la reelaboración de la reserva tópica proporcionada por la tradición, esto es, la conversión de la *materia usitata* en *inusitata*. Tampoco faltan unos breves pero iluminadores apuntes sobre las artes poéticas en lenguas vernáculas que empiezan a proliferar entre finales del siglo XII y la primera mitad de la centuria siguiente. A contrapelo de la opinión vigente, César Domínguez rechaza su inclusión en la esfera de lo popular, demostrando los fuertes vínculos que unen a la tratadística romance con la vehiculada en lengua latina. La aparición de modelos locales frente al edificio de la cultura latina supone la introducción de un tercer elemento en la ecuación entre materia y forma, el del idioma utilizado. Por ello, a la luz de la poliglosia medieval, considera de interés proponer el uso del término «genolecto literario» para aquellos ejemplos en los que un determinado género lleva asociado la utilización de una lengua concreta. Por último, este apartado contiene unos jugosos comentarios a algunos textos preceptivos hispanos de los siglos XIII al XV, en los que se explora la institucionalización de la *imitatio* como mecanismo fundamental para la provisión de materiales con que elaborar obras nuevas.

Sin duda, este capítulo y el que sigue («La *materia* en la praxis literaria medieval», pp. 153) constituyen la aportación capital del libro, su núcleo. Más allá de lo constatado por Copeland, Domínguez da cuenta del proceso de «alimentación mutua entre tradiciones poetológicas y praxis literaria, mediante la que se configura la consciencia acerca de una tradición a la que se pertenece y que es susceptible de ser modificada» (p. 153). Fuera del

ámbito académico también se constata el conocimiento de los valores asociados al tecnicismo *materia*. De hecho, al creador literario se le plantean numerosas circunstancias que le obligan, con su propia obra, a dar respuesta a algunas de las cuestiones hasta aquí referidas. Así, los ejemplos citados permiten reflexionar sobre el modo en el que se aglutinan los ciclos temáticos en torno a determinados *archetypi*, o sobre la interferencia en la elección de una materia determinada de factores externos de tipo político, o relativos a la propia transmisión manuscrita. También sobre los criterios que rigen la valoración de la maestría del autor (*ingenium*), tales como su capacidad de amplificar o introducir conexiones inesperadas entre una o más materias dadas.

Esta fructífera línea de trabajo se cierra con un colofón contrapuntístico, ya que el objetivo del quinto capítulo (pp. 155-84) es matizar y completar las ideas expuestas en páginas precedentes teniendo en cuenta algunos de los desarrollos teóricos contemporáneos con los que la reflexión medieval parece mostrar puntos en común. Es preciso recordar aquí que la teoría literaria y la literatura comparada es el otro campo de estudio privilegiado por el profesor Domínguez en su dedicación docente e investigadora, si bien dicha faceta no puede separarse de su condición de medievalista. La intención de este bosquejo no es otra que «indicar posibles vías de integración entre dichas perspectivas críticas, desde la consideración de que así se posibilitará una comprensión más enriquecedora de los textos literarios, con independencia de su período de producción» (p. 184). No obstante, al acudir a los ámbitos de la neorretórica, la temática y la tematología, se reivindica también la hondura y complejidad de la reflexión medieval. Así, el análisis de los presupuestos de las escuelas neorretóricas demuestra que el proceso de *inventio* y la reflexión sobre el personaje ocupan un lugar teórico privilegiado al igual que en la tradición medieval. Más complejas son las líneas de trabajo que arroja el examen de las difusas fronteras entre la temática y la tematología. En el caso de la primera, junto a la posibilidad de explorar las implicaciones psicoanalíticas y antropológicas de la preeminencia del personaje en la literatura medieval y el peso de algunas *materiae* en el *imaginaire*, se recalca la validez de los estudios llevados a cabo por Genette en torno a la categoría de la *transtextualidad*, para el análisis de la relación entre creación textual y tradición, considerando a la materia como una categoría dinámica no limitada por fronteras genológicas. Por lo que respecta a la tematología, las propuestas del autor se centran en la delimitación de los binomios terminológicos *Stoff/theme*, *historia/discurso* o *tema/motivo*, cuya formulación medieval parece ofrecer soluciones a algunos interrogantes contemporáneos.

Incluir unas consideraciones finales (185-99) podría parecer redundante después de una exposición clara y concisa como la que recoge el libro, pero en ellas se ofrece algo más que un resumen. A modo de cierre, la vuelta a los versos de Blodel depara ahora una nueva interpretación. En primer lugar, una lectura atenta evidencia que el poeta no niega la existencia de otras materias. Por otro lado, avanza la posibilidad de que las tres materias canónicas podría ser asimiladas a las tres posibilidades de la *narratio*: *historia*, *argumentum* y *fabula*, lo que arroja una inesperada acepción referencial para el término. Pero el grueso de esta sección recapitula la noción de *transtextualidad* en relación a la función de la memoria como *thesaurus*, como receptáculo de la *materia usitata* en los distintos *loci* mentales, pronta a ser reelaborada de nuevo. Como historiadora del arte, me gustaría resaltar que estas páginas me han resaltado extraordinariamente sugerentes. En ellas, la dimensión «locacional» y «figural» de la memoria en la Edad Media haya cumplida evocación. La metáfora edilicia

utilizada indistintamente en las tres tradiciones examinadas es un poderoso ejemplo de cómo *memoria* e *imaginatio* son las dos caras de una misma moneda en esta época, la conjunción que funda la «arquitectura del pensamiento», en la afortunada de Mary Carruthers. Precisamente, la historiadora norteamericana llega en su libro *The Craft of Thought* a conclusiones paralelas a las de Domínguez, al recordar la doble función de la memoria en tanto que sede de la *inventio* e *inventorium* de materiales, depositaria del recuerdo y activa productora de nuevos pensamientos, ideas e imágenes.

Llegados a este punto, resulta evidente que son muchos y de muy variada condición los méritos y valores de este libro. Uno de ellos es el haber sido capaz de combinar la síntesis panorámica, dando cuenta de la pluralidad de los sistemas literarios medievales unidos por el almacén conceptual de la *translatio studii* y la *translatio imperii*, con la atención prestada a cuestiones de detalle: el análisis del término *rayso*, el adecuado enmarque de los *razos* como *accessus* vernáculos, la redefinición de las funciones adscritas a la *rota Virgilio*, etc. En este sentido, también hay que agradecerle su generosidad al abrir nuevas vías para futuras investigaciones, que otros aprovecharán. Éste es el caso de las tres notas críticas propuestas en el apéndice, consagradas respectivamente al tema de los Nueve de la Fama, la influencia escolar en el desarrollo de las *materiae* literarias y a la información proporcionada por la conformación codicológica en cuanto articulaciones de las *materiae*, tema éste de singular importancia para los que trabajamos sobre códices iluminados.

Al cohesionar ámbitos de investigación compartimentados por la historiografía, aunando rigor metodológico y precisión erudita, *El concepto de materia en la teoría literaria del medievo* marca un jalón en la lucha contra las *idées reçues* y señala una línea a seguir en el cuestionamiento de nuestra genealogía intelectual.*

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ PORTO
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

* Este trabajo se integra en el Proyecto de Investigación «Cultura visual y cultura librería en la Corona de Castilla (1284-1369)», dirigido por la Prof. Rocío Sánchez Ameijeiras y financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia (HUM2005-03707).